

LA SAGRADA FAMILIA

El hombre es el sueño de una sombra.

Píndaro

Siempre estoy pendiente de mis actos. Soy mi propio vigilante. Soy un neurótico. No puedo soltarme de mí mismo. Soy como un reloj; programado y atado a los tiempos que caen y caen y se desdibujan en el pasado. Atrás de mí siempre hay alguien llamándome al orden. A ese orden obsesivo y a veces psicótico que me hace ir absurdamente a la perfección de ser. No del ser. En busca de encontrar para mí mismo una forma de ser que me lleve a la perfección que no quiero, que no necesito y que no existe.

De alguna manera esto me fue introyectado en mis primeros años de vida. Había apremio de un orden total en mi ámbito vital, en el espacio en el que vivía. No sé cuál, pero lo intuyo, lo percibo, pareciera que lo hago constantemente pero que no lo encuentro en mi memoria.

¿Por qué soy así? ¿Por qué impuse esta forma de ser a los seres que más amo? ¿Por qué a mi alrededor se parapeta el miedo? ¿Por qué mi libertad personal está siempre acotada por mí mismo?

La casa era de mi abuela, los enseres, los muebles, la comida, la ropa, los agasajos, los mínimos placeres. Todo lo proporcionaba ella; pero medido, acotado, organizado. No había lugar para el disfrute epicúreo. Todo debería tener un lugar específico y un tiempo preciso. Cuando decía: “hasta aquí”, la alegría tenía que cesar como por decreto.

De ahí vengo. Allí se me aprisionó para siempre. De ahí nació mi anarquía aparente que no logra concretarse en verdadera libertad. “Ignoro si los pájaros heredan sus nidos y las fieras sus madrigueras, pero nosotros heredamos siempre. Habitar una tradición es inexorable. Heredamos gestos y modales, el acostarse y el estar sentado, espejos y cucharas, heredamos códigos de conducta, ciudades... Padres y maestros nos enseñan a usar nuestra herencia, los caracteres adquiridos”.

No sé cómo fui. Aún ahora no me lo explico. No sé por qué no puedo entender cómo fui. Por más que tengo recuerdos de mi niñez y juventud, no me comprendo, no sé por qué actuaba como lo hacía. Pienso que no pensaba, sólo actuaba por inercia, por búsqueda, por emoción; nunca me detuve a pensar. De tal manera que no me quedó ningún recuerdo por el cual encontraría ahora las razones; más bien, harían razonables mis acciones.

Me movía como un autómatas, sin tener motivos fundamentados para hacerlo. Iba y venía del colegio sin saber para qué servía toda aquella actividad. Lo hacía porque tenía que hacerlo: tenía que cumplir con una normativa a la que no sometía a juicio o meditación, sino sólo a una obediencia ciega a un código que no había estudiado, ni me habían expli-

cado pero que tenía que cumplir porque así habían dictaminado mis mayores.

Mis preocupaciones personales eran otras: mirarle el culo a las mujeres, masturbarme de la mejor manera para alcanzar mayor placer, fisgonear a mi tía para ver si lograba verla otra vez desnuda, mirarle obsesivamente las tetas a la maestra, buscar pleito con algún condiscípulo para probarme que yo era el mejor para golpear y defenderme, deambular calles sin sentido sin saber por qué y sin saber qué buscar cuando me dirigía o regresaba del colegio. Era como vivir en un limbo agradable.

Lo único que no olvidaba y lo consideraba como un deber muy personal, como una idea fija, era odiar a mi padre. Lo consideraba sagrado y definitivo, una obligación autoimpuesta a la que no debería fallar. Sin embargo, aquel odio no me producía mayor preocupación, estaba ahí como algo necesario para vivir satisfecho conmigo mismo sin tener que mantener ningún temor ante nadie. Jamás lo confesé al cura. Fue mi secreto mejor guardado. La vida no tiene lógica, sólo se vive día a día y no se sabe bien por qué. Es algo que uno va descubriendo en sí mismo mientras se contempla en un espejo; se palpa, camina y observa a los demás sin saber que ellos actúan exactamente igual que uno.